

## RESEÑA DE LIBROS

RICHARD EASTERLIN, *Population, Labor Force and Long Swings in Economic Growth. The American Experience*. National Bureau of Economic Research, Núm. 86, General Series. Nueva York, Columbia University Press, 1968. 298 pp.

La existencia de una estrecha vinculación en el largo plazo —incluso de un mecanismo de interdeterminación— entre el crecimiento económico y el demográfico constituyó una hipótesis de trabajo de la teoría del desarrollo económico desde la tradición clásica. Sin embargo, la óptica de corto y medio plazo a que dieron lugar los enfoques neoclásicos hizo que se empezara a perder de vista este fenómeno, si bien en la mente de los economistas permaneció siempre la hipótesis de la existencia de la mencionada vinculación. Posteriormente, la formulación de la llamada teoría de la “transición demográfica” llevó a pensar que a partir de cierto nivel de desarrollo de una población de seres humanos —nivel en la que ésta tendía a estabilizarse— se producía una aparente separación entre el comportamiento de las principales variables demográficas (especialmente fecundidad, nupcialidad y migración) y el comportamiento de las variables económicas.

Las investigaciones de economistas norteamericanos preocupados por las fluctuaciones económicas (Kuznets en forma distinguida) permitieron contar con series económicas de largo plazo y abrieron la posibilidad de emprender el análisis de las relaciones entre variables económicas y demográficas desde una nueva perspectiva. La especificación estadística y analítica de los llamados “ciclos largos” o “ciclos de Kuznets”, y la depuración de las series de algunas de las principales variables demográficas en el largo plazo, llevaron a levantar nuevamente la hipótesis de la existencia de un mecanismo de interdeterminación entre los comportamientos de los fenómenos económicos y demográficos en el largo plazo, de manera que los procesos demográficos se considerasen, para los fines de la teoría, internos al proceso del desarrollo económico y social y no externos a él.

Trabajos distinguidos en esta dirección son los de Ferenczy y Willcox (*International Migrations*), Burns (*Production Trends in the United States since 1870*), Kuznets (*Secular Movements in Production and Prices*), Long (*The Labor Force under Changing Income and Employment*) y Thomas (*Migration and Economic Growth*), entre otros. La sistematización de abundante información demográfica de plazo largo permitió pasar del análisis de grandes agregados económicos y demográficos al análisis de las principales series económicas, que evidencian las fluctuaciones de plazo largo, en relación con variables demográficas más específicas que la población total: fecundidad, migración, fuerza de trabajo, familias, tasas de participación y nupcialidad, entre otras, de manera que las vinculaciones entre los dos tipos de fenómenos emergieran con mayor claridad.

El libro de Easterlin que ahora se reseña se distingue dentro de esa dirección de análisis. El autor parte de la experiencia acumulada en los trabajos mencionados (especialmente los de Kuznets) a fin de explorar las hipótesis que se habían venido utilizando sobre la existencia de un mecanismo de interdeterminación entre los comportamientos relativos de plazo largo de las variables económicas y demográficas dentro del proceso de desarrollo. Específicamente se propuso explorar la existencia de un me-

canismo de interdeterminación entre los llamados "ciclos de Kuznets" y ciertos ciclos de duración similar (entre 15 y 25 años) de algunas de las variables demográficas más importantes, que se identificaron estadísticamente.

En primer lugar, el autor identifica con relativa claridad la existencia de movimientos de fluctuación a largo plazo en el comportamiento de la población total y las migraciones internas en los Estados Unidos a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Además, se identificaron también fluctuaciones de largo plazo dentro de la tendencia histórica a la declinación de las tasas de fecundidad, especialmente a partir de la segunda guerra mundial. El mismo tipo de fluctuaciones se encontró en los movimientos de la fuerza de trabajo, si bien en este caso el carácter de las fluctuaciones varía de una época a otra según que el factor dominante en la determinación de la tasa de crecimiento de la población haya sido la migración o la nupcialidad y la fecundidad.

Por otra parte, se analiza la existencia de un mecanismo de interdeterminación entre las fluctuaciones de las variables demográficas y las fluctuaciones a largo plazo de la economía norteamericana. Dice Easterlin: "Un auge económico engendra una fluctuación en las condiciones demográficas a través de su impacto sobre el mercado de trabajo, pero la fluctuación demográfica tiene en compensación un efecto de retroalimentación (*feedback*) sobre los sucesos económicos a través de la aceleración del crecimiento del número de familias y los gastos asociados con ello. Las condiciones seculares establecen el escenario para la operación de este mecanismo y modifican sus características en el tiempo".

Tanto la existencia misma de las fluctuaciones económicas y demográficas de largo plazo como la del mecanismo de interdeterminación entre ambas no pueden ser atribuidos a fenómenos de "ilusión estadística", puesto que todas las informaciones cruzadas e indirectas que usó el autor para fines de comparación apuntaron en el mismo sentido y puesto que a medida que el análisis se hace con un mayor grado de desagregación las fluctuaciones aparecen con mayor claridad.

En otro aspecto, el autor señala que las fluctuaciones de la migración ocurridas en el pasado y las más recientes en la fecundidad, parecen haber sido inducidas por variaciones correspondientes en las condiciones económicas (el ingreso y las oportunidades de empleo en el mercado de trabajo), si bien debe tenerse en cuenta que pudieron influir también condiciones no económicas en los fenómenos señalados. Los cambios en el ingreso, las oportunidades de empleo y las respuestas asociadas de las variables demográficas pueden reconvertirse en variaciones de las condiciones de oferta y demanda. Una fluctuación en la tasa de crecimiento de la demanda agregada es característicamente responsable de la iniciación de movimientos demográficos, pero la naturaleza de las respuestas inducidas varía con las condiciones de la oferta de trabajo bajo las cuales se presenta, y ésta varía de conformidad con factores seculares, irregulares y otros de otra índole.

En relación con los efectos de las fluctuaciones demográficas, el autor afirma que si bien éstas son iniciadas por condiciones económicas, pueden tener importantes efectos de retroalimentación (*feedback*) sobre dichas condiciones: "Cuando el crecimiento de las familias no agrícolas se acelera notablemente, ello genera nuevas demandas no sólo de construcción de viviendas sino de servicios urbanos en general. De esa manera son creadas las condiciones para un auge en el desarrollo urbano". El origen del mayor crecimiento del número de familias puede ser un repunte en la inmigración o una tendencia general hacia la formación de familias en edades menores. En todo caso, puede ocurrir una gran acumulación de compromisos de las familias para nuevos y mayores gastos, que puede extenderse por bastantes

años, tantos como medien entre la formación de una familia y su asentamiento definitivo.

De ahí que un aumento en la tasa de crecimiento en las familias puede llevar a un incremento en los gastos de consumo y en la inversión pública y privada. Una gran acumulación de compromisos de gasto en el largo plazo como ésta, podría ser la clave de los "ciclos de Kuznets", no sólo en relación con las decisiones de gasto de las familias sino también con las otras unidades de gasto. Desafortunadamente, la investigación no pudo ir tan adelante como para probar la posible existencia de un mecanismo del tipo del *principio de aceleración*.

Se observa con claridad que esta secuencia de interacciones económico-demográficas debe analizarse necesariamente en el amplio contexto del crecimiento económico a largo plazo. Los cambios seculares modifican en el tiempo la operación del *mecanismo-multiplicador* descrito antes, induciendo variaciones en las características que presentan los ciclos de largo plazo. Las fuentes potenciales de oferta de trabajo varían con la declinación secular de la agricultura, así como con el desarrollo de los transportes y las condiciones económicas externas que influyen la sensibilidad potencial de las fuentes internas y externas de fuerza de trabajo. Asimismo, influyen también algunos factores irregulares como los cambios educacionales que afectan la calidad del trabajo y las restricciones a la inmigración.

El autor hace un análisis de la forma específica en que la variación de las condiciones seculares de la economía norteamericana fue afectando las respuestas específicas de las variables demográficas y el retroimpulso de éstas sobre las económicas. Se aprecia específicamente que hasta antes de la segunda guerra mundial fueron las migraciones internas e internacionales las que dominaron el carácter de las fluctuaciones demográficas a largo plazo y la interacción entre éstas y las económicas en los Estados Unidos. A partir de la segunda guerra mundial los factores migratorios pasaron a un plano secundario, apareciendo en primer plano los niveles y tasas de crecimiento de la nupcialidad y la fecundidad.

La obra está dividida en cuatro partes, precedidas de una introducción en la que se resumen las conclusiones centrales. En la primera parte, integrada por dos capítulos, se presenta el análisis de la naturaleza de las fluctuaciones demográficas identificadas por el autor y de sus interacciones causales con las fluctuaciones económicas de largo plazo (de paso, el autor discute los argumentos con los que se ha pretendido calificar a los ciclos de Kuznets como mera "ilusión estadística"). En la segunda parte, integrada también por dos capítulos, el autor incluye una nueva versión de un trabajo previo suyo ("The American Baby Boom in Historical Perspective") en la que se analiza el aumento de la fecundidad que se produjo en los Estados Unidos a partir de la segunda guerra mundial y se le identifica como una fluctuación de largo plazo, dentro de la tendencia histórica a la declinación de la fecundidad, vinculada estrechamente a las condiciones del mercado de trabajo. La tercera parte la dedica el autor al análisis de las condiciones recientes del mercado de trabajo y a su proyección con base en la experiencia de largo plazo, a fin de determinar las posibles interacciones que se darían en el futuro próximo entre las condiciones del mercado de trabajo y las tendencias generales de la población, y específicamente de la estructura de edades, las tasas de participación y el crecimiento de la fuerza de trabajo. Por último, el libro contiene un excelente juego de apéndices estadísticos, metodológicos y bibliográficos que ilustran al lector sobre este importante tema de análisis del desarrollo económico en el largo plazo.

*Regionalisation et développement. Colloque International en Sciences Humaines à Strasbourg, en Juin 1967.* París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1968, 286 pp.

Si admitimos que un coloquio es un medicamento destinado a curar la enfermedad de gigantismo que aqueja a los congresos, el organizado por Etienne Juillard merece los más vivos elogios, ya que llenó perfectamente su cometido: permitir a un número razonable de investigadores discutir seriamente un tema bien definido. Las dimensiones de otros coloquios del CNRS (París, 1965: Problemas agrarios de América Latina; Burdeos, 1968: Regionalización en Brasil) casi nos hacen desear que se le encuentre un apelativo más modesto aún (¿intercambio o conversación?) para permitir una reducción en este tipo de reuniones. De las doce ponencias publicadas, seis habían sido distribuidas entre los participantes *antes* de la reunión y constituían informes sintéticos, destinados a provocar una discusión precisa. La publicación del conjunto es bilingüe (francés-inglés) y cuenta con los resúmenes indispensables. Respecto al tema "Regionalización y desarrollo", la parte esencial de los materiales analizados se refería a los países subdesarrollados, pero gracias a la coincidencia del coloquio y de una reunión de la Comisión de Métodos de Regionalización Económica de la Unión Geográfica Internacional, los participantes pudieron aprovechar las ponencias más generales, presentadas especialmente por los países de Europa oriental.

K. Dziewonski muestra, en primer lugar, cómo la regionalización de los países desarrollados es afectada por un progreso económico que se localiza generalmente en ciertos polos muy concentrados, lo que tiende a destruir la buena organización de las zonas de influencia jerarquizadas de las ciudades medianas. Por una parte, gracias a las comunicaciones masivas, el polo urbano deja de ser un *punto* y el modo de vida urbano tiende a difundirse en el campo, tanto así que hay una tendencia a la desaparición de la oposición entre ciudad y campo, oposición en la que se basaba directamente la zona de influencia de la ciudad. Por otra parte, la producción masiva estandarizada que se hace en la gran ciudad es tal, que la región próxima deja de representar una clientela privilegiada; por lo tanto, las diferentes ciudades especializan cada una su producción para un mercado nacional e incrementan los intercambios interregionales, mientras que bajan proporcionalmente los intercambios entre la ciudad y su región; correlativamente, las regiones rurales tienden también a especializarse más. Estos fenómenos de crecimiento llevaban, en relación con el antiguo esquema de las zonas de influencia jerarquizada de las ciudades medianas o pequeñas, a dos tipos de conurbaciones: o bien crecen y se reúnen varias ciudades, llenando las áreas metropolitanas sus antiguas zonas de influencia; o bien una ciudad acrecienta su área metropolitana hasta el punto de llenar las zonas de influencia de varias ciudades antiguas. En ambos casos, las grandes conurbaciones están sufriendo la disminución de sus funciones "comunes", en las que se basaba la influencia de las ciudades antiguas sobre una cierta región; en cambio, crecen sus funciones especializadas, destinadas al servicio de todo el espacio nacional.

Después de expuesto este esquema de conjunto, se aborda el problema del medio natural en la regionalización. A. Mints muestra cómo los recursos naturales se encuentran en la base de la regionalización de las zonas pioneras de la URSS. J. Tricart analiza ese concepto de recursos naturales y propone reemplazarlo por dos puntos de vista conexos: las bases naturales que favorecen el desarrollo y las limitaciones naturales del desarrollo frente al nivel social técnico y económico real de la región y del país estudiados. Espera, en esta forma, poner fin a los planes de desarrollo estanda-

rizados que suelen terminar en fracasos, en la medida en que son concebidos de acuerdo con una tecnología estrictamente importada, sin relación alguna con las posibilidades locales. Tricart propone, acto seguido, una tipología de los medios naturales en relación con la regionalización: los *países* (comarcas) son casos de equilibrio relativamente armonioso entre el medio natural-colonización rural y el uso del suelo-red urbana. Ligados a ritmos económicos lentos, han sido la regla en los países de Europa occidental hasta el punto de constituir la base de los análisis geográficos de Vidal de la Blache y sus discípulos; pero son excepción en los países subdesarrollados (a los ejemplos africanos no dudaríamos en añadir las regiones de población amerindia "estabilizada" por la colonización española y sobre todo la India y ciertas partes del Extremo Oriente). Las *regiones mineras* surgen cuando la explotación de los minerales tienen un papel de organización por su dimensión, su permanencia y su integración en la economía nacional. Por último, las *regiones de desarrollo* son resultado de los planes de inversión, muchas veces realizados en el marco de una cuenca hidrográfica, ya que el dominio del agua, para la generación eléctrica y para la irrigación, constituye muchas veces un elemento determinante del desarrollo; cabe señalar que este marco es discutible algunas veces, como en el caso del Lerma, en México, en la medida en que incluye numerosas zonas con particularidades contrastantes. Por último, el autor describe, refiriéndose a los Andes venezolanos y a la región de Maracaibo, la influencia indirecta del medio natural sobre el desarrollo de una región, donde surgen una red de transportes, una red urbana y una producción rural diversificada.

En seguida viene un estudio muy sólido de G. Sautter, sobre la *región tradicional* en Africa tropical, que muestra la forma como los grupos étnicos han logrado organizar el espacio que ocupan. Se pueden derivar enseñanzas esenciales para el estudio de otras áreas de la civilización. Por una parte, un criterio esencial de la capacidad de desarrollar el espacio lo constituye la creación de densas acumulaciones de gente; los grupos desprovistos de técnicas modernas modifican el medio natural por una acumulación de trabajo humano y resisten las adversidades del exterior gracias a la intensidad de sus relaciones internas; éstas no se basan necesariamente en una unidad política ni en intercambios económicos intensos: ciertas formas de relaciones sociales desempeñan precisamente ese papel. El autor, por otra parte, hace hincapié en que muchas veces esos grupos tradicionales carecen de ciudad contando solamente con pueblos que organizan un espacio no "homogéneo" ni "polarizado", sino entrelazado. No cabe duda de que las formas de entrelazado tradicional permiten estudiar muchas regiones rurales desprovistas de ciudades, o provistas de ciudades que dominan incompletamente los intercambios, conservando el pueblo y el mercado periódico un papel predominante. También podemos considerar a J. Gallais, quien en su comentario afirma que tales formas de organización deben estudiarse desde *el interior*, de acuerdo con los conceptos de los propios grupos étnicos que allí radican y, podríamos agregar, al nivel de la toponimia y del lenguaje habitual.

J. Gallais analiza, acto seguido, las formas de *depresión regional*: podríamos definirlo como el subdesarrollo regional dentro del subdesarrollo nacional. Nos ofrece una tipología sumamente convincente: puede haber una depresión *estructural* en las regiones subpobladas, para regiones mal provistas de vías de comunicación (a causa de su distancia de los centros de la economía nacional o por limitaciones naturales), y para las regiones de minorías étnicas. También puede haber depresión coyuntural, ya sea a causa de la evolución del mercado mundial que acaba con las explotaciones manuales, ya sean agrícolas o mineras, o bien por la degradación del medio natural, por el abuso de una explotación que haya arruinado los suelos. Si los indi-

cadore estadísticos de esta depresión son diversos, lo más seguro y lo más fácil de establecer es la tasa de crecimiento demográfico, más baja que la media nacional, signo de un bajo nivel sanitario y de emigración. Las políticas varían frente a estas depresiones regionales. Si el capital privado las rehuye, en ocasiones también la inversión pública va dirigida preferentemente hacia regiones más rentables; una política sobre precios de los productos agrícolas de exportación a veces permite compensar los elevados costos de las regiones deprimidas que se encuentran alejadas de las vías de transportes. Los organismos públicos de desarrollo regional acuden de preferencia a las regiones prósperas. Excepcionalmente nos encontramos casos contrarios en Brasil (SUDENE) y tal vez recientemente en México (¿transformación de la Comisión del Tepalcatepec en la Comisión del Balsas?). El abandono que hacen los países pobres de sus regiones deprimidas puede crear tensiones sociales y aun nacionales (los *toaregs* de Mali). El autor muestra, mediante ejemplos, que la política de inversiones técnicas en estas regiones deprimidas requiere de mayores precauciones que en otros sitios. Si se desean evitar los fracasos, no basta la buena voluntad.

G. Sdasiuk insiste sobre las políticas de desarrollo regional, por lo que a la India respecta. La voluntad de establecer contrapesos al desarrollo de las regiones costeras parece, de acuerdo con las discusiones que surgieron a raíz de la ponencia, haber tenido más éxito en las comarcas donde el estado ha ejercido acción sobre los transportes, la energía eléctrica o la industria, que es donde trató de estimular la agricultura. A partir de 1963, una preocupación de rentabilidad a escala nacional ha obligado a concentrar las inversiones agrícolas en las regiones más favorecidas. N. L. Karpov señala problemas similares respecto a las relaciones entre los grandes focos modernos de los países industriales y las regiones marginales de esos países (regiones deprimidas en Europa occidental y regiones pioneras en Canadá y Australia).

Las siguientes ponencias llaman la atención sobre el papel de las ciudades en la regionalización, en la medida en que aparece cierto crecimiento económico, el cual naturalmente se desea se convierta en un verdadero desarrollo. B. Kayser analiza en primer lugar el papel de la *economía comercial* en la transformación de las estructuras regionales; el comercio de intercambio (*trading economy*) continúa dominando en África tropical, de donde se derivan la mayoría de los ejemplos. Esta organización elemental, estrechamente ligada al comercio internacional, transforma muy poco los establecimientos regionales tradicionales. Por el contrario, la reciente multiplicación de los transportes por carretera y el establecimiento de redes comerciales más complejas, favorece el desarrollo de centros urbanos, que constituyen los nuevos sitios de intercambio, donde antes sólo el puerto de exportación desempeñaba un papel urbano. El resultado es una selección entre los centros de intercambio elemental tradicional, cayendo algunos de ellos en decadencia y elevándose otros a un nivel verdaderamente urbano. Sin embargo, el comercio de los países subdesarrollados —especialmente en África tropical— continúa estando demasiado directamente dependiente del extranjero para constituir un elemento determinante de polarización regional; hace falta que al nivel más alto, la ciudad reciba una actividad de servicios —esencialmente públicos— y de industrias, para atraer migraciones y desempeñar un papel de organizador.

Después de los estudios descriptivos y empíricos de los geógrafos, J. C. Perrin, a su vez, expone el problema del papel de las ciudades en el desarrollo regional, presentando un modelo económico estudiado especialmente en relación con los problemas de planificación de la Costa de Marfil. Propone una estrategia del desarrollo de acuerdo con un modelo donde la *capacidad de amplificación* de una inversión desempeña el papel esencial. Muestra que la estimulación del crecimiento resulta especialmente eficaz

si es derivada de una diversificación y de un aumento en la demanda de consumo, mientras que en un medio poco desarrollado, la creación de industrias motrices tiene pocos efectos inducidos. Pero esta diversificación de la demanda supone esencialmente el refuerzo o la creación de una estructura urbana diversificada. En efecto, no se puede esperar del campo una demanda diversificada en los países subdesarrollados a menos que en ese campo nazcan centros semirurales, donde se transformen las costumbres de consumo. El autor describe el modelo regional, hecho a partir de estudios realizados en la Costa de Marfil: las regiones económicas que se desea establecer ahí tienen una población ya sea homogénea o totalmente heterogénea, pero sin el predominio de ningún grupo étnico y agrupan cerca de medio millón de habitantes; cada región contiene una o varias ciudades y varias zonas rurales homogéneas por su producción y pobladas con cerca de 60 000 habitantes. Estas zonas rurales disponen de centros semiurbanos y están formadas de *células básicas* de 3 000 habitantes aproximadamente, provistos de comercios y administración. La inversión debe hacerse en las ciudades (capital privado) y en el campo (sobre todo capital público), gozando los niveles intermediarios de un desarrollo inducido. En una segunda parte de su trabajo, el autor describe con mayor precisión las inversiones y las empresas que son susceptibles de producir los mejores efectos de estructuración al nivel de ciudades y al de centros semirurales, pasando luego a describir las etapas de una estrategia del desarrollo y la política de estructura urbana en la que los centros semirurales desempeñan un papel esencial. Termina indicando que las inversiones se facilitan si se puede diversificar su origen: capital extranjero privado para las actividades de exportación, capital público internacional para las infraestructuras, capital privado nacional al nivel rural, semirural o urbano. Si la inversión pública nacional se realiza como anticipación a un momento especialmente seleccionado o de acuerdo con un reparto espacial, encerrando la región elegida en una red de puntos de desarrollo, se incrementa su eficacia. Por último, el autor piensa que ciertas regiones elegidas solamente pueden ser objeto de una política de desarrollo en un momento dado, creando voluntariamente un desequilibrio, en beneficio de tales regiones. Esta ponencia fue seguida de abundantes discusiones, a las que podemos añadir una observación: ciertas zonas rurales pueden desear modificar y diversificar su consumo sin poseer en cambio una estructura suficiente de centros semiurbanos. Basta que la población que haya alcanzado un cierto nivel de vida disponga de aparatos de radio que reciban la emisión de difusores privados, que hagan publicidad incitadora al consumo masivo. Pero este estimulante de la producción necesita que *en seguida* nazcan los centros indispensables a la satisfacción de esta demanda.

La última ponencia, presentada por O. Dollfus, se refiere directamente al papel de las ciudades en la formación de las regiones. Describe en primer lugar el sitio que ocupan las ciudades en el crecimiento del producto nacional bruto de los países subdesarrollados. Luego, muestra que ciertas ciudades pueden no actuar sobre las regiones que las rodean. Ciudades mineras estrictamente dirigidas hacia el exterior o ciudades administrativas que durante cierto tiempo dejan intactas las regiones rurales donde están enquistadas. Pero ocurre muy pronto una emigración del campo. Otras ciudades absorben recursos en las regiones vecinas sin aportar nada a su vez. Emigración de jóvenes campesinos sin mejoría en el campo, producción alimenticia para la ciudad que degrada los suelos desmontados sin precaución, dominación de los ciudadanos sobre las propiedades rurales y cobro de los arrendamientos, explotación del medio rural por los comerciantes urbanos (a veces, minorías de origen extranjero), drenaje del ahorro sin los gastos equivalentes como contrapartida, cuando se establece una red bancaria, introducción de una economía monetaria cuya inflación no puede

soportar el campo (Bolivia) o que favorece diversas formas de usura. Por último, las ciudades estimulan el crecimiento de las regiones rurales cercanas, gracias a su demanda de diversos productos rurales; por su crédito y por su aplicación de la técnica, por el drenaje de excedentes de mano de obra agrícola, que permite una transformación social del campo, por la difusión de servicios de tipo urbano (energía eléctrica, caminos, educación), especialmente rentables si el campo está densamente poblado; en el mejor de los casos, por la implantación de fábricas que se descentralizan. En ese caso, se forma una región animada por la ciudad. De hecho, las formas de acción de una ciudad cambian con el tiempo y difieren de acuerdo con la naturaleza de las regiones rurales penetradas: el área de influencia puede ser discontinuada en el espacio. En los países subdesarrollados, las ciudades raramente forman una red jerarquizada, ya que el crecimiento de las más grandes de entre ellas frena el de las menores, relativamente cercanas. Estos desequilibrios reflejan las importantes disparidades que subsisten en el interior de la región sometida a la influencia de una ciudad.

En su informe de clausura, G. Lasserre enfatiza la forma como los geógrafos se han visto obligados a modificar, en las últimas décadas, su concepto de la región, y en los países subdesarrollados más que en ninguna otra parte. Los puntos de vista de los geógrafos y de los economistas tienden a acercarse, pero cada uno de ellos guarda en mente sus propios objetivos, con los economistas preparando modelos y los geógrafos insistiendo en cómo difiere la realidad concreta de éstos y sobre todo, los frenos que pueden obstaculizar su aplicación.

CLAUDE BATAILLON  
*Centro Nacional de la Investigación  
 Científica, París*

A. BOHRISCH y W. KÖNIG, *La política mexicana sobre inversiones extranjeras*. Jornadas, 62. México, El Colegio de México, 1968. 82 pp.

En este trabajo breve se señalan los rasgos generales de la política del gobierno mexicano y la actitud de diversos grupos del sector privado hacia las inversiones extranjeras en México, tema de una importancia fundamental desde el punto de vista del desarrollo, que a pesar de ser tópico de extensas discusiones ha sido poco estudiado con profundidad. El trabajo de Bohrisch y König no analiza el problema de la inversión extranjera en nuestro país, sino que se limita a describir su trayectoria histórica a grandes rasgos, la legislación y la política de mexicanización al respecto en las últimas décadas, la opinión de empresarios mexicanos, grupos intelectuales, y la actitud de los empresarios extranjeros.

El libro expone de manera ordenada y clara el tema que estudia pero lo trata superficialmente y los autores se limitan a señalar los hechos sin analizarlos, o relacionarlos entre sí, ni siquiera expresando sus propias opiniones o conclusiones al respecto. En resumen no aporta nada nuevo, pues parece ser que, con excepción del apéndice, los autores se documentaron en estudios ya publicados y conocidos por el lector mexicano, y no en investigación directa; por lo tanto, el libro bien podría llevar el subtítulo "para lectores extranjeros".

La parte más interesante del libro debería ser el apéndice, que trata los resultados de una encuesta que hicieron los autores en cincuenta empresas extranjeras en México, en industrias muy diversas localizadas en el área metropolitana de México, Monterrey, Guadalajara y Orizaba. Sin embargo, las conclusiones también son breves y muy generales. En su mayoría las empresas extranjeras concuerdan en sus opiniones respecto a la situación

de sus respectivas empresas en México. Por ejemplo, en cuanto a los motivos de la inversión, la política del gobierno mexicano de restricciones a las importaciones fue decisiva para el establecimiento de empresas en México; y los centros urbanos que proporcionan un mercado, facilitan la disponibilidad de mano de obra, etc., fueron factores que influyeron en la ubicación de las empresas. Por una parte, se concluye que la mayoría de las empresas tiene una actitud favorable hacia las empresas de capital mixto, que la estabilidad política es un factor positivo para el empresario extranjero, que en general ha tenido que adaptarse a las exigencias de la política mexicana, y está dispuesto a ello dado los factores positivos con que cuenta y para mantener la seguridad de la existencia de su empresa. Por otra parte, las empresas expresaron sus problemas tales como falta de mano de obra calificada, el tamaño limitado del mercado interno y la técnica de producción.

KIRSTEN ALBRECHTSEN DE APPENDINI  
*El Colegio de México*

JOHN ANTHONY BOTTOMLEY, *Estrategia monetaria para las zonas rurales subdesarrolladas*. México, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, 1968. 114 pp.

Por el tema que trata, este corto estudio parece que fue hecho como una respuesta seria a las cuestiones planteadas actualmente por diversos grupos en torno al sector agrícola en México y a la manera de impulsar su desarrollo.

El autor ha reunido y actualizado en el presente ensayo estudios anteriores dedicados a cuestiones de crédito rural en América Latina. Partiendo de la premisa de que en los países subdesarrollados —con abundante provisión de tierra y fuerza de trabajo subutilizadas— es necesario aumentar la capacidad de compra de los trabajadores del campo como un requisito para el desarrollo industrial, señala al crédito como un instrumento estratégico para lograr este cometido. Examina diversas influencias sobre las tasas rurales de interés, incluyendo el costo de oportunidad de los fondos prestables, la preferencia por la liquidez, los costos administrativos, riesgos y tipo de competencia imperante en el mercado, e incorpora estos elementos en un modelo matemático para el mercado rural de crédito.

Analiza el costo de oportunidad del dinero y señala que la posibilidad de descontar los préstamos otorgados, la provisión de valores a corto plazo así como la expansión monetaria selectiva, son medidas que podrían disminuir el costo de oportunidad de los fondos prestables. Dadas las condiciones actuales en los países de América Latina, considera de gran dificultad la reducción de los costos de administración y que la operación de instituciones bancarias en sustitución de los prestamistas de pueblo, depende de la posibilidad de lograr economías externas.

Por otra parte, afirma que los bajos niveles de producción originan primas por riesgo elevadas y que su reducción está supeditada a la capacidad de los agricultores de producir y vender en condiciones favorables un excedente mayor; o sea, que es razonable sostener que en los países pobres, las tasas de interés son una función inversa de la productividad general de sus agricultores.

En relación con los riesgos de recuperación de los préstamos, considera necesaria la elevación del valor excedente de producción por encima de las necesidades de subsistencia, en forma permanente, de tal modo que permitan invertir y aumentar el valor de los activos que el sujeto de crédito ofrece como garantía de un préstamo para frenar la influencia monopólica

del prestamista, y que el camino más rápido para lograrlo es la vinculación de las partidas de crédito con innovaciones en la agricultura.

Incorporando estas variables en un modelo matemático en donde relaciona innovaciones y oferta de crédito, encuentra que la innovación, en condiciones de crecimiento sin competencia, es probable que origine mayores tasas de interés y, en una primera etapa, obstrucción de ese crecimiento, y deduce que las tasas de interés sólo descenderán cuando crezca la demanda de fondos prestables para usos productivos.

Finalmente, recomienda que la política crediticia debe encauzar la implantación de innovaciones agrícolas así como un creciente contacto con el mercado urbano monetario y que el gobierno puede ayudar a provocar este proceso.

Aun cuando las políticas señaladas no son del todo nuevas (así lo considera también el autor), puesto que sus argumentos han sido utilizados en los planes de crédito rural en diversos países (México entre ellos), su valor reside en el marco teórico, que ofrece una exposición razonada de la influencia de los factores que intervienen en el proceso crediticio y como orientación de una política encaminada a promover el desarrollo rural.

RAÚL DE LA PEÑA  
*El Colegio de México*